

XVI.

No fué únicamente el bravo Cuauhtemoc el que sufriera el mas injustificable de los tormentos, sino que tambien fué bárbaramente martirizado Cohuanacohtzin, hermano de Ixtlilxochitl, aliado de Cortés y que tantas pruebas habia dado de amistad y de consideracion. Pero no cabia en el corazon de los conquistadores la benignidad, ni las virtudes que ennoblecen á los verdaderamente héroes, y desconociendo lo que les habia servido Ixtlilxochitl, sujetaron á su prisionero hermano, como hemos dicho, al mismo tormento que impusieron á Cuauhtemoc. El rey de Texcuco pudo salvar á su hermano de las abrasantes llamas, no sin consentir en entregar á Cortés cuanto oro le pidiese. Leal Ixtlilxochitl á su promesa, se desprendió de todos sus valores é hizo desprenderse de ellos á sus mas pudientes súbditos, á fin de calmar la ambicion de los españoles, ambicion que no pudo saciarse nunca, á pesar de haber costado á millares de individuos el ultraje, la expatriacion, la esclavitud y la muerte.

Nada, casi nada nos dice la historia respecto de los sufrimientos de Cuauhtemoc durante el largo cautiverio que se le hizo sufrir; y fuerza es creer que en los tres años que duró,

se le tratase con tan poca consideracion como despues del sitio. Cuauhtemoc, siempre prisionero, acompañaba á Cortés en todas sus expediciones, haciéndosele sufrir las privaciones de un ejército, y las fatigas y molestias de las marchas y combates, y todavia mas, el inícuo suplicio de asistir á las matanzas que se hacian en los restos de su pueblo, y en sus últimos y denodados campeones. Por fin, en 1524 Cortés emprendió su expedicion á Honduras, é hizo que le acompañase el monarca azteca. Desde este instante comprendió que su suerte estaba decidida, faltándole únicamente repetir las palabras del célebre defensor de las Termópilas, al despedirse de su esposa: “Te deseo un buen marido é hijos que se te parezcan.”

La expedicion de Cortés atravesó el hoy Estado de Oaxaca, Tehuantepec, Tabasco y Chiapas, hasta llegar cerca de la feraz provincia de Acullan, en los primeros dias de Febrero de 1525. En este lugar supo, dice un cronista, que Cuauhtemoc habia tramado una conspiracion para asesinar á los españoles.

Ixtlilxochitl, que cree como nosotros, que fué una infamia la muerte de Cuauhtemoc, la explica de la manera siguiente: Chanceándose el hermano del rey de Texcuco con Cuauhtemoc, le dijo: “Las grandes provincias que hemos conquistado vóylas á unir á mis dominios. — No harás tal, son mías, contestó con tristeza Cuauhtemoc; ¿no soy acaso rey cuando quiera?” Siguióse sobre este punto una inocente broma y acalorada conversacion que fué escuchada por uno de los espías que Cortés habia introducido en la servidumbre de sus prisioneros. Esta conversacion completamente desfigurada la supo el jefe español, y resolvió matar á los desgraciados que habia apresado tres años antes.

Si se tiene en cuenta que el emperador no tenia medio alguno de que disponer, y que sus súbditos se hallaban lejos de aquel lugar, no es difícil creer que esta fué una ridícula inventiva de Cortés para deshacerse de Cuauhtemoc, que debia servirle de carga fatigosa y de continuo reproche, por sus

anteriores procederes. En vano Cuauhtemoc y el monarca de Tlacopan probaron su inocencia: sus jueces eran sordos y habian resuelto asesinarlos.

A las tres de la madrugada del 19 de Febrero de 1525, mártir de Carnestolendas, fueron llamados los prisioneros á la presencia de Cortés, y tuvieron que escuchar una sentencia que no tenia ningunos visos de justa, y que mas bien parecia una venganza.

El desgraciado Cuauhtemoc fué ahorcado y colgado en una ceiba que se hallaba en las orillas del camino. Segun Ixtlilxochitl, la ejecucion tuvo lugar en un punto cercano al rio Goatzacoalcos, y á inmediaciones del pueblo Teotilac.

Para que esta ejecucion tuviese mas lujo de crueldad, fueron tambien inmolados multitud de nobles y señores mexicanos que acompañaban á Cuauhtemoc, salvándose milagrosamente del mismo lugar de la ejecucion Cohanacoachtzin, hermano de Ixtlilxochitl y compañero de tormento de Cuauhtemoc. Luego que los prisioneros fueron conducidos al árbol fatal, y que se supo en el ejército la muerte que iban á recibir, algunos aliados fueron á avisarlo á Ixtlilxochitl, diciéndole: "Cuauhtemoc y tu hermano van á ser asesinados."

El rey de Texcoco ocurrió al lugar del suplicio, y cortando la cuerda que oprimia el cuello de su infeliz hermano, pudo libertarlo de una muerte segura é infamante.

Gran cólera hizo Ixtlilxochitl por esta nueva felonía de Cortés, que así despreciaba los servicios que le habia prestado antes y despues de la toma de Tenochtitlan; y queriendo de una vez terminar con hombres que no tenian ni la virtud del agradecimiento, ordenó á sus soldados que batiesen á los españoles y acabasen con ellos. La situacion de Cortés era bien comprometida, y su destruccion y la de sus soldados hubiera sido segura, á no haber mediado humillantes satisfacciones por parte de Cortés, y suma moderacion por la de Ixtlilxochitl.

Mientras así se veia expuesto Cortés á morir oscuramente

en medio de desconocidos bosques, sus mismos soldados disputábanse en México el mando, haciendo circular la noticia de la muerte del jefe español.

Demasiado conocida es la dominacion y castigo de Chirinos y Salazar, para que la relatemos aquí; bástenos, sin embargo, asegurar que ni los horrores del sitio, ni las tiranías de los guerreros, ocasionaron tantas desdichas como el gobierno tiránico de esos malvados, á quienes la fortuna hizo árbitros de los destinos de los pueblos del Anahuac.

XVII.

Así concluyó sus días el joven monarca Cuauhtemoc, cuyo nombre ha registrado ya la historia, juzgándolo como un gran patricio, como un denodado guerrero, y como un general hábil y prudente. En vano algunos pretenden minorar las faltas de Cortés. ¿Qué necesidad imperiosa tenia de sacrificar á sus prisioneros, cuando ya la conquista estaba asegurada, y los súbditos del imperio habíanse sometido ó desbandado? En nuestro concepto, nada justifica su conducta; y el suplicio del emperador, que permitiera, y despues el asesinato que autorizó, le han adquirido el título de tirano y de sanguinario.

Será como dice Quintana, efecto de la época y no de los hombres; será como asegura Prescott, propiedad de toda conquista; pero en contra de opiniones tan autorizadas, creemos que la justicia ha imperado en el mundo desde sus primeros tiempos, y que desde entonces, los que han sacrificado sin razon y sin causa á los hombres, han merecido el título de verdugos de la humanidad. . . .

Dos años antes de los sucesos que hemos referido, la esposa de Cortés, D^a Catalina Juarez, habia llegado á México.

Despues de una seria disputa con su esposo, amaneció un dia muerta en su lecho, y sin lesion alguna. Créese generalmente que el mismo Cortés ahorcó á D^a Catalina, de la cual no volvió á acordarse.

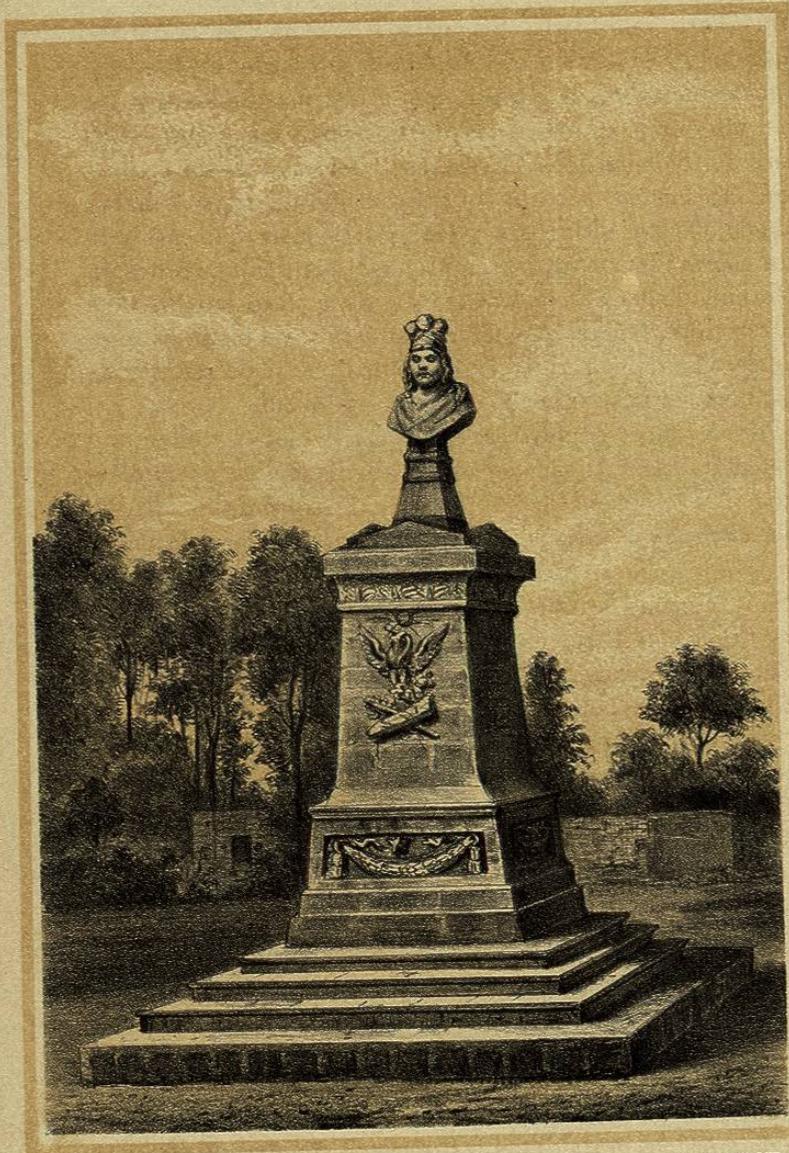
Este horrible asesinato, perpetrado en una mujer joven, hermosa é indefensa, despoja al jefe español de toda la pompa con que se le ha ataviado, y con que le vemos despues de tantos años, y nos le presenta implacable, vengativo y esclavo de su orgullo y de su ambicion.

El remordimiento mas cruel, segun se infiere de la relacion de Bernal Diaz, persiguió durante algun tiempo al jefe español; su carácter se hizo irritable, y costábale gran trabajo conciliar el sueño. La conciencia le acusaba.

XVIII.

Reasumamos. Elevado Cuauhtemoc al trono de México en las circunstancias mas difíciles, hízose heredero de la política torpe de sus antepasados, y que debia ocasionar la insurreccion en los pueblos del lago. Dominados estos por las armas y no por la razon, solo esperaban una oportunidad para deshacerse del yugo que los oprimia, la cual les presentaron la conquista y las oportunas promesas de Cortés.

Antes del sitio, Cuauhtemoc mejoró su política; y merced á ella, atrajo á su partido á algunos descontentos, halagó á otros haciéndoles ocupar importantes empleos, y minoró las contribuciones y gabelas de otros pueblos. ¡Sábía política que en tiempos normales le hubiera asegurado el amor de todos sus súbditos! Pero las circunstancias eran otras, y profundo el resentimiento de los pueblos. Sin embargo, no porque la política de Cuauhtemoc no diese todos sus buenos resultados, déjase de conocer en él un hábil gobernante y un prudente legislador; pero la página mas hermosa de la vida del último emperador, es sin duda la defensa de Tenochti-



LIT. DE H. IRIARTE.

MONUMENTO EN HONOR DE CUAHUTIMOC,

erigido en el paseo de la Viga de la Ciudad de México.

tlán. Para valorizarla, tengamos en cuenta que fueron rechazados y derrotados los sitiadores en cuantos asaltos emprendieron sobre la ciudad: que las armas de los sitiados eran inferiores en todo á las de los españoles, y aun el número de soldados defensores acaso inferior al de sus contrarios. Ya hemos visto que sobre la capital del imperio habia mas de 300,000 sitiadores; y fácil es calcular que casi toda esta enorme fuerza podia emprender sus ataques sobre un determinado lugar, mientras que los de la plaza, hambrientos y destruidos, tenian que dividir su fuerza en distintas fracciones. La defensa de la ciudad sitiada no pudo ser mas tenaz, mas heroica, ni hecha con mas habilidad.

Parece que Cuauhtemoc adivinaba la táctica moderna, y adelantándose á su siglo, reformaba la disciplina de su ejército. Así le hemos visto, contra la costumbre de los aztecas, hacer continuas salidas nocturnas, para desvelar á los sitiadores; aprovecharse del menor descuido, y batir aisladamente las columnas de asalto. Si comparamos la defensa de Tenochtitlan con la que en nuestros dias ha hecho un soldado frances de la plaza de Metz, ¡qué enorme diferencia! Por un lado miseria, pobreza, falta de armas y de municiones; por el otro un ejército igual al sitiador, abundancia de elementos, armas iguales ó mejores; pero de un lado peleábase por la libertad y por la patria, mientras por el otro defendíanse los caprichos y aventuras de un tirano.

Grande Cuauhtemoc antes del sitio, heroico en la defensa, sublime en el martirio, jamas desmintió su amor á su patria y á su pueblo, y es digno del monumento que la ciudad de México le ha consagrado en uno de los paseos de la capital, y que atestiguará siempre que á pesar de nuestros trastornos políticos y de la relajacion que ha habido en todas las clases de la sociedad, no podemos, pues somos partícipes de las hazañas de los aztecas, dejar de conmovernos al recuerdo de nuestros grandes héroes, víctimas del despotismo, por su amor á la libertad.

EDUARDO L. GALLO.